

## LIBRE, GRACIAS A DIOS

Lucero

### Prólogo

Han sido numerosas mis experiencias y no es lícito tenerlas improductivas, pues ni a mi peor enemiga le deseo este lugar, y no sólo me refiero a mi biografía, pues puede ser una guía para esta etapa tan angustiada de la historia humana.

Confieso que empecé por puro compromiso, pero terminé convencida de que podía hacer mucho bien.

Precisamente para contribuir a la más alta difusión de este anhelo de valor innegable, escogí este título. En la portada puse una paloma volando, que representa al espíritu divino de Dios, y la rosa que lleva soy yo, o cualquiera de nosotros, ya que considero que en este lugar y afuera, la rosa es una rosa porque la libertad nos la da Él.

Como resultado, espero que estas páginas contribuyan a reanimar en sus corazones la llama de la fe y a tener la esperanza de un mañana.

## Dedicatoria

A mis padres; por darme la oportunidad de vivir la vida sin miedo y enfrentar y superar los obstáculos y sentirme valiosa con amor verdadero hacia mí misma.

A mis hijos; que son mi más grande tesoro y orgullo.  
Pero sobre todo a Dios; por los dones recibidos, por su misericordia, no por méritos,  
e infundirme su paciencia para aceptar lo que soy. Quédate conmigo para siempre,  
te necesito.

Y a ti, lector, que sin tiempo de leer grandes volúmenes, te será de provecho aunque breve, jugosa, profunda y llena de observaciones sagaces y actualísimas.

Había una vez... ¡No!, no quiero caer en lo común como cualquier historia, quiero ser yo misma, diferente, “única”, ser como soy, como se me conoce, sin misterios. Creo que no la llamaría historia de mi vida, sino una breve pero suficiente biografía o parte de mi vida, y con esto me refiero, sin mentiras, a que soy honesta en mi relato, sin llegar a la soberbia, que es lo que más trato de evitar. Y es que, a pesar de las adversidades, mi autoestima no se pierde, ya que los valores que me transmitieron mis padres fueron firmes y con su ejemplo religioso (debo decir con mucho orgullo que soy 100% católica) me enseñaron el temor a Dios, que me ha fortalecido en todo momento y me ha ayudado a enfrentarme a situaciones, a tener la capacidad para solucionar positivamente y, lo mejor de todo, a aceptar los errores o fracasos sin ser cobarde, a ver que sólo la muerte no tiene solución o no se puede evitar, o para que mejor me entiendan, no sólo a hacer la voluntad de Dios, sino a aceptarla.

Nací un 17 de noviembre en la ciudad de Celaya, Guanajuato, en un hogar feliz. Soy la novena de diez hermanos, seis mujeres y cuatro varones. Ingresé a la primaria a los cinco años en la colonia Paraíso, en Ciudad Guadalupe, N. L. La secundaria la hice en la número 26, en el Fraccionamiento Buenos Aires, en Monterrey; y la prepa en la número 8. Todos contentos y felices, sin ningún detalle especial o algo importante. Dicen los psicólogos que en la niñez se marca la personalidad, y creo que sí, porque mis padres son chapados a la antigua. Eso lo digo porque recuerdo que era pecado hablar de lo que todos los padres deben informar a sus hijos, ya que entonces los profesores estaban limitados. También me refiero a la sexualidad o dudas o cambios referentes al sexo o al matrimonio, o de lo que te espera en el mundo, y digo esto porque me dejaron creer en la inocencia de la edad, o lo que es lo mismo, sola tuve que ir descubriendo cada etapa o año de mi vida. Todo a su tiempo, pero creo que es un buen recuerdo que el ratón te dejara dinero por tu diente o de que Santa Claus existiera

en Navidad. En un espacio limitado dentro de tu hogar, donde todo es color de rosa, lo que necesitas lo tienes a tu alcance.

No quiero clasificar mi vida como una comedia, suspenso, drama, etc. ¡No! Sólo es una forma de darme a conocer desde este lugar que es el área de mujeres, 2° piso, del Centro de Readaptación Social Topo Chico en Monterrey, N. L.

Te diré que en el área del amor nunca tuve éxito, ya que desde ahí se originó quizá mi primer error. A los trece años tuve mi primer novio, que no duró mucho por mi falta de experiencia, o porque no me lo permitieron mis principios morales, o porque él no me quería y me dejó por otra con la que tenía que cumplir y se casaron.

No imaginé que eso tendría consecuencias dolorosas, creadas por ellos mismos, ya que yo sólo acepté haber perdido; sin embargo, con el paso de los años él me buscó en mi trabajo. No recuerdo la fecha, pero sería diez años después. Se veía desesperado y acepté su invitación a comer. Él, con algo de temor y titubeando, me decía que aún me amaba, que no había podido olvidarme, que se tuvo que casar por cumplir. Claro que no le creí, ni me importó el motivo, pero continuó diciendo que su matrimonio siempre fue un fracaso porque desde la luna de miel ella le preguntaba si me quería, y él contestaba que sí. Ella le seguía preguntando que si más que a ella, y no obtenía respuesta; él sólo guardaba silencio. Según me dijo, ella lo celaba demasiado conmigo; si tocaba guitarra o cantaba era porque pensaba en mí y se la pasaban discutiendo por el mismo motivo. Según él, fue un infierno su matrimonio y tristemente me dijo que yo había sido una sombra en su hogar, que no les permití ser felices.

Ella en esos momentos se encontraba internada en el hospital, en su lecho de muerte, ya que tenía leucemia en etapa final. Como último deseo le pidió, delante de los médicos, que cuando muriera rehiciera su vida volviéndose a casar con cualquier mujer, menos conmigo, al tiempo que me maldecía.

Él quería saber si aceptaba casarme, porque no quería prometerle nada. Los médicos le habían dicho que de un momento a otro ella moriría, que se lo prometiera, pero él no podía. Al morir ella, recuerda su mirada de odio maldiciéndonos a los dos. Y yo, sin ningún sentimiento hacia él ni hacia ella, sin pensarlo, rechacé la propuesta de matrimonio y un obsequio que colocó en mis manos, mismo que al despedirse regalé a la primera persona que encontré. Él dijo que siempre fue su intención regalarme aquello —dos corazones partidos.

En verdad quedé impactada, sin saber y sin darle importancia al hecho de recibir una maldición sin merecerla. Recordé una frase de Platón: “Es preferible sufrir una injusticia que cometerla”, y tengo que reconocer que, desde el fondo de mi corazón, desde que ellos se casaron olvidé sin ningún rencor lo sucedido. Creo que ella, por ser más atrevida, se quedó con él, y yo, por no pagar el mismo precio, perdí, aun queriéndolo como lo quería. Sin embargo, me quería más yo (ella se llamaba Aurora y creo que no conocía a Dios, lo digo sinceramente, descanse en paz).

Continuando con las tragedias amorosas, mi segundo gran amor fue un joven guapísimo —según yo—, diferente del primero. Para mí el único, el mejor, mi príncipe azul, incapaz de cometer una falta porque era todo un caballero. Con mucha preparación, todo un profesionalista, y ¡izaz!, lo mismo que el anterior. Se me durmió el gallo y se casó con otra, a pesar de mi anillo de compromiso y su palabra de matrimonio. Esta vez tengo que reconocer que estaba muy, pero muy enamorada, y a diferencia del otro, no pude evitarlo y lloré. Me sentí muy pequeña, sin valor y sin entender cuál fue el error, en qué había fallado.

Pasaron los días sin que cambiara mi actitud, pensé: “El amor no es para mí y no volveré a amar”. Sentí un nudo en la garganta y frío en mi corazón, como cuando alguien muere. El día de la boda se llegó y dio un giro de 90° a mi vida, ya que el mejor amigo de mi ex me confesaba que no podía dejar que yo sufriera por

alguien que no me quería, y me pedía una oportunidad para demostrarme que él me haría olvidar lo. Despechada, lo acepté y nos casamos. Todo se convirtió en felicidad, una felicidad que duró muy poco, pues el destino me daba nuevamente un giro, y no de 90° sino de 120°, ya que esperábamos a nuestro primer hijo cuando la muerte me negó la oportunidad de completar mi felicidad a su lado. La viudez a mi edad no la comprendía, los planes, nuestros sueños, la ilusión... todo lo que quedaba eran recuerdos, que ya serían tristes. Debo decirles que el día de su muerte —no sé si por mi embarazo—, pero pude ver lo que sucedió el día del accidente, pues me lo informaron al mes, ya que él no se comunicó conmigo y esa situación adelantó mi cesárea. Fue muy difícil aceptar su muerte y me volví a preguntar: “¿Qué pasó? ¿Cuál fue mi error?” Y así, con mi hijo, a pesar de mi viudez, él llenó el vacío que dejaba su padre en torno a mí, ya que al nacer él, supe que un hijo es una bendición y me olvidé de mí, de rehacer mi vida. Mi hijo era todo lo que tenía, era mi mundo y lo sigue siendo; no me daba cuenta de que crecía, y con el paso de los años entendí que los hijos son prestados por Dios, que no son para siempre, que tienen que crecer.

Él se dedicaba a sus cosas, dejándome cada día más sola. Un día le pregunté si quería tener un hermanito, y me contestó que sí, y ése fue mi siguiente error, no entender que Dios no vende los hijos a la hora que uno quiera, son fruto del amor dentro del matrimonio. Intenté rehacer mi vida, planeándola en sueños primero, pero no se daba; mi corazón estaba muy dañado.

Pensé en el qué dirán, en mi casa, y busqué un candidato que se quisiera casar y darme un hijo. En realidad, ya no pensaba en el amor, sólo en mí, para no estar sola. Y como todo lo que uno se propone se logra, así fue. Se me presentó un valiente que compartía mi idea o locura y nos casamos. De ese matrimonio nació la parejita: un varoncito y una hermosa niña, así cerré con broche de oro y volví a ser la más feliz. En mi casa nadie dijo nada, en

realidad nunca pensé que a mis hijos les haría falta su padre algún día; sólo pensé en mí; no tenía idea de un hogar completo y sólo los tontos viven como calendarios pensando en el mañana. Siempre tenía la intención de una vida mejor, sin imaginar que mi futuro sería diferente de lo que había sido mi pasado. También sé que a la tristeza y los reveses que he sufrido en mi vida –tantos años de frustración–, con tiempo y paciencia puedo sacarles provecho, ya que el fracaso me lleva al éxito. Estas experiencias de lo falso me llevan a buscar lo que es verdadero, y cada una me enseña un error que debo evitar, ya que mis lágrimas no se han desperdiciado. Ya olvidé el pasado y sé que debo moldear el presente, que es lo que realmente me pertenece, y salir adelante de frente al futuro, sin temor, sin dudas y sin desesperación.

Creo que no hay nada que no pueda lograr si lo intento; ya entiendo y tengo respuesta a mis preguntas: ¿qué me sucede?, ¿por qué? Porque mis sueños sólo quedaron en sueños, pero creo que no hay peor ciego que el que no quiere ver, ya que el peor enemigo que me puede engañar soy yo misma. He creído en mis excusas diciendo: “Las cosas podrían haber sido peor”, pero ya no sucederá más, pues he aprendido de mis propias experiencias y de las de los demás, y evitaré las cosas negativas (por ejemplo, las drogas, los tatuajes o ser malandra, etc.), ya que me siento firme y el giro que el destino me dé, no me afectará. Experimento una nueva esperanza y me encuentro en un momento crucial de mi vida; para mí es un desafío, pues sé dónde estoy y hacia dónde quiero ir, sin perderme en el espacio y el tiempo, pues mis errores son mi guía. Mis capacidades las tengo al máximo, y el entusiasmo es lo que me motiva. Estoy en pie de lucha, y por ese motivo decidí escribir el libro; si no gano el premio, estoy preparada porque ya soy ganadora por el simple hecho de escribirlo. El valor que me di al participar hace que sea una triunfadora, aun si no lograra ser del gusto de los jueces. No es mi problema, es decisión de ellos, pero para mí soy la mejor, ya que no puedo cambiar la historia a

gusto de nadie, y comprendo que sólo existe un premio y que se lo darán a la mejor, a la que reúna los requisitos impuestos por un reglamento, lo que no quiere decir que mi obra no sea buena o no sirva.

Lo que siguió afirma lo que he aprendido, y no puedo renegar de lo sucedido, porque iría en contra de los valores que aprendí, pero creo que todo lo que gira en torno a mi proceso legal es lo más hermoso que sucedió en mi vida. Siempre supe que existía Dios, pero lo tenía como casi todo mundo, con temor a faltarle; me lo imaginaba de lejos, sólo existía en el cielo o en los templos como lo que es, pero a la distancia, y yo inmersa en mi mundo, del trabajo a la casa, y eso era todo.

Pero todo cambió en noviembre de 1998, cuando en mi domicilio se presentaron entre ocho y diez ministeriales que, sin más ni más, entraron, y sin explicación alguna me llevaron en su auto camino a Santa Catarina, sin mencionar palabra o declaración alguna, sólo que ellos se encargarían de descubrir mi delito para pasarme al penal. No sabía de qué se trataba, sólo rezaba. Así pasaron setenta y dos horas, hasta que, por fin, me pidieron que les aclarara lo sucedido en mi domicilio de Fama 2, ya que según ellos era culpable de homicidio de una supuesta hija que yo tenía, a la que luego maté y había sepultado en mi domicilio, cosa que hasta el momento es falso. No se me comprobó, por lógica, y después de un arraigo de treinta días me soltaron, pero comenzó una serie de preguntas sin respuestas en mi existir, al salir o quedar libre de ese arraigo se me buscaba por todo Monterrey para saber por qué me soltaron, o simplemente por acosarme; se me buscaba en los domicilios de mis conocidos, pero como siempre, la mano de Dios me ayudó, y una familia de mucho respeto del Fraccionamiento Azteca en Guadalupe, me brindó su hogar (familia Martínez Herrera), y ahí estuve escondida. Quiero decir que me sentí más prisionera en esos momentos que ahora, en este reclusorio. Es así como con orgullo y a fuertes voces puedo decir

que tengo un “amigo”, un gran amigo que a pesar de las adversidades y de un expediente negro, día a día seguía a mi lado; me refiero a Jesucristo, ya que mi caso no dejaba de sonar en los medios con toda la saña. No tengo palabras para entrar en detalles con eso; ellos hacían noticia, según ellos ése era su trabajo, sin saber que me sepultaban viva, ya que ni a mi trabajo me podía presentar. El acoso era por todos lados, y así se perdía el futuro de mi trabajo de veinte años en el IMSS. Aun así, sentía cada vez más a mi amigo, sabía que no estaba sola, nunca me ha dejado sola, ¡puedo sentirlo!

Hoy se encuentra conmigo y cada día crece más y más mi fe en Él, ya que por medio de ese sentimiento me dio fortaleza. Lo sentía en mí y le pedía que no me dejara sola; sin dejar de orar, pero no sólo leyendo, sino desde el fondo del corazón y de mi alma, con un sentimiento único. Desde entonces veo las cosas con optimismo, con serenidad; he crecido en valores y, sin mentir, puedo decir que desde este lugar soy la misma de afuera, que respetaba y sabía que había un Dios, pero sin imaginar que un día lo sentiría parte de mí y sería tan feliz como afuera, que comprendería o tendría una visión muy amplia de cada día sin preocuparme del tiempo, del pasado y del mañana.

Así pasaron dos años, y en el año 2000 fueron a aprehenderme a Celaya, Guanajuato, el 14 de abril. Así como me encontraron me trajeron. No puedo negar que me dolió perder mi trabajo, era como tirar el futuro a la basura, no sólo mi jubilación, sino el servicio médico de mi madre y mis hijos que dependían de mí. No sé cómo le estarán haciendo ahora; en fin, perdí toda ilusión, pero ese amigo que ahora tengo vale más, porque así lo siento. Valió la pena el precio que pagué, y no digo que el amor de Dios tenga precio, no; su amor es gratis, todo es que quieras tenerlo, pero no puedo negar que duele lo que pierdes. Sin embargo, vale la pena perderlo todo por Él, ya que con Él lo tengo todo, sobre todo esa paz que no se compra, que sólo Él te da, y así hasta el día de hoy.

Durante mi proceso Él me acompañó. Y es peor que una tortura que te trasladen a los juzgados como delincuente y esposada, con escolta para que no escapes. Siempre le pedí a mi amigo que no me dejara sola, que me acompañara y así soportar los trámites sin perder la calma. Me acompañó en mi soledad durante año y medio que no tuve visita, pero se llegó el día de la sentencia, y preparada para perder, pero de la mano de mi amigo, escuché en vivo y en directo, ya que ese día en la guardia nos llamaron a todas y a mí me sacaron de la fila para trasladarme a San Pedro, con los medios de comunicación y delante del juez Herlindo Díaz de León, del que aún dudo que sea juez (me parece que compró su título, porque no es nada honesto y actúa sin ética profesional). Me sentía como en el zoológico, ya que era a la que acechaban con preguntas y fotografías, y a través de las rejas escuchaba que pedía la pena máxima por ser culpable del delito de homicidio y alta peligrosidad. Creo que sentí miedo de lo que escuchaba, no porque me sintiera culpable, sino porque, aunque no lo creas, mi amigo me dijo lo que sucedería.

Él se vale de todos los medios, no sé cómo se da tiempo para todo, pero por medio de un sacerdote, que es el superior del seminario de Monterrey, el padre Portillo me visitó poco antes de mi sentencia. Me explicó la situación y me preparó para lo sucedido, sin dejar de darme esperanzas de salir. Como él dijo, hoy sucedió. La confirmación quedó igual; espero lo prometido, ya que el hombre es humano y comete errores, pero él me dijo que mi esperanza era el amparo. Y digo que cometen errores porque temen al ridículo de reconocer que se equivocaron, y tenían que sentenciar sin ninguna prueba en mi contra.

No sé cuál sea tu idea de Dios, pero para mí todas las religiones son lo mismo, con caminos diferentes que conducen al mismo Dios. Creo que si Jesucristo hubiera venido en estos tiempos, no lo hubiésemos crucificado; se habría infartado Él solo con tanta corrupción como existe.

No puedo negar que los ministeriales, jueces o cualquier funcionario tiene facilidad para formar un delincuente; hablo sólo de mí, de mi caso, pero en este lugar existen muchos casos semejantes al mío, por injusticias de poder o de funcionarios, pero en fin, ya saldrán. Espero y pido por que no se repita con nadie que no sea culpable.

Pero volviendo a lo anterior de que yo lo sabía, sí, porque desde que pisé este lugar, mi vida cambió. Crecí en todo, y a pesar de no tener visita, la Providencia del Señor no me falta, ya que vivo y me siento como reina. No sé cómo le hago, pero mi amigo no me falla. Aun cuando lo material no lo es todo, en este lugar creo que sí; es diferente, porque te ayuda a cargar tu cruz, y no es que uno quiera ser así, es que el lugar nos obliga. Todo lo que se necesita de primera necesidad es muy caro, y casi nada entra por la guardia. Aquí cuesta, y más aún en mi caso, que no tengo visita; por eso desde que llegué confirmo mi fe, porque no me falta nada, todo se me da por añadidura, y por ese motivo puedo decir: “Únete a Dios, ten fe y confianza en Él”. Eso se logra por medio de la oración, que es un diálogo con Él; yo a diario platico, como un par de amigos, me abandono en sus manos, procuro ser más de él y menos de mí misma, le pido: “Ocúpate de mis cosas, que yo me ocuparé de las tuyas”.

Si todos viviéramos en verdad el amor de Él, el mundo saldría ganando y todos sabríamos el porqué y para qué vivir. Y no lo digo en falso, pero a los grupos que asisten nunca faltó, y no es que no tenga qué hacer, pero me organizo y soy responsable de mis compromisos. No trabajo para recibir un salario, pero hago mis manualidades, ya que mis necesidades son muchas y así ayudo a mi familia desde aquí. Es porque aprovecho la oportunidad que trae la gente que nos visita lunes y miércoles; gimnasia a la 1:30 con la maestra Dora Elia; lunes, miércoles y viernes, dibujo y pintura con dos maestros, Sandra y otro del que no recuerdo su nombre, a las 10 a.m.; jueves, psicología a las 2 p.m. con la licenciada Juanita;

mismo jueves, las damas vicentinas a las 3:30 p.m.; viernes, damas de ANSPAC 3 p.m.; sábado, visita de los seminaristas, por la mañana confesión, juegos y celebración de la palabra o misa; por la tarde, mismo día, las damas de Pastoral Penitenciario de 2 a 4 p.m., y de lunes a viernes manualidades libres, en tu dormitorio o en las palapas, todos con maestros de fuera.

En este lugar, a diferencia de estar afuera, lo que más hay es tiempo. Mis manualidades aquí las aprendí; pero en lo poco o mucho que me ocupé trato de dar lo mejor de mí y hacer lo mejor posible las cosas, por pequeñas que sean. Me gusta, y además no quiero enfermarme, no sólo físicamente; no quiero afectar mis nervios ni tomar “controlado”; ya ves que es más fácil admitir un dolor físico que un fracaso personal.

Quiero presumirte acerca del grupo ANSPAC (Asociación Nacional Pro Superación Personal, A. C.), que imparte cursos completos de tres años, y de los que ya tengo dos diplomas, primero y segundo año, y estoy en tercero. Con las damas vicentinas he ganado todos los concursos sobre las apariciones de la Virgen María; con pastoral y los seminaristas me sucedió algo especial (sobre este detalle anexo a mi libro un diploma y dos fotografías), y digo especial porque antes de que Juan Diego fuera santo, yo me identificaba con él, sentía su misma humildad ante dios, y ellos convocaron a participar en un concurso de altares a Juan Diego. Participé y gané el primer lugar, los jueces fueron el señor obispo y el señor arzobispo de Monterrey, y personalmente me entregaron los premios. Para mí es algo que nunca olvidaré. Ellos mismos organizan cursillos (así los llaman aquí, porque afuera se llaman “retiros de encierro”), y yo no me pierdo ninguno, sin faltar el rezo del santo rosario diariamente a las 5 p.m.

Todos me han enseñado no a pedirle a Dios, sino a darle gracias por esa su mano oportuna que me levanta y me sostiene, por escucharme, por la salud, y no sólo eso, también porque acepto sin desesperarme la desilusión, el insulto, el engaño, la injusticia y

todo mi proceso, ya que me doy cuenta de que esto me acerca más a Él. Mejor aún, por no perder su fe y en la de los hombres que se tambalea, pero que nunca me deja de fortalecer para enseñarme el verdadero amor, ya que debo ser como soy, libre, porque nada me ata aquí ni afuera; eso lo logré por medio de su amor que es liberador, y soy libre de ser yo misma, y ese amor a mí me hace dar libertad a mis semejantes para que sean ellos mismos, ya que no tienen que ser como yo, sino aceptarlos como son y ser un complemento uno para el otro, con amor, que siempre es libre.

Qué ironía, pero me siento libre. Afuera muchos son presos de las drogas o vicios que causan adicción; al dinero, que te lleva a la delincuencia y al robo, al sexo, al alcohol, etc.; a todo lo que te quita libertad y no te deja ver el amor a ti mismo para darte a los demás, ya que no puedes dar lo que no tienes.

Espero transmitir lo que siento: conoce a Dios para que no seas tú el que lanza la primera piedra a tus semejantes; eso te enseñará que no somos juez ni Dios para juzgar a nadie; inténtalo y lograrás amarlo, amarte y amar a los demás.

Es todo lo que puedo regalarte, no tengo más.

Centro de Readaptación Social Topo Chico  
Monterrey, N. L.